

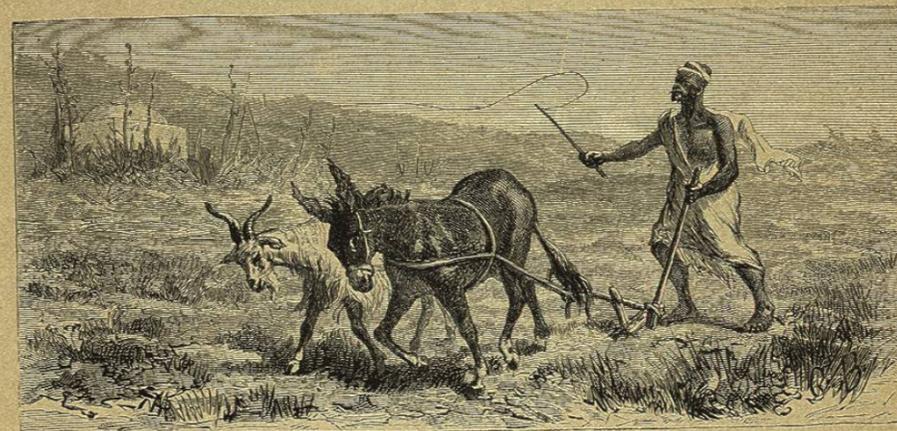
África. El valor de un merengue era tal vez el dispendio más grande que se permitían aquellas gentes: su deseo más vivo, su placer más intenso consistían en ver y oír. ¡Ni un escándalo amoroso, ni un beodo, ni un navajazo! ¡Nada, absolutamente nada que tuviera punto de semejanza con las fiestas populares de los países civilizados!

Además de disfrutar de los espectáculos que dejo descritos, realizaba con mis futuros compañeros de viaje frecuentes excursiones y paseos por la campiña de Tánger, que no es menos digna de verse que el interior de la ciudad. En derredor de las murallas se extiende un verdadero cinturón de jardines y huertas, pertenecientes en su mayor parte á los cónsules y ministros, casi todos abandonados, ó por lo menos descuidados, pero cubiertos de una vegetación maravillosa.

Consiste ésta en largas hileras de pitas, semejantes á lanzas gigantes plantadas en medio de una haz de enormes dagas encorvadas, que tal es la forma de sus hojas, de cuyas puntas se valen los árabes para coser las heridas, empleando en vez de hilo las hebras de las mismas; en nopales, *Kermus Indicus*, higueras de la India, según se llama en el idioma del país (chumberas), altísimos y de hojas recias, que crecen junto á los senderos, pero tan espesos y apiñados que casi impiden el paso; higueras comunes, encinas, acacias, adelfas y arbustos de varias especies, que entrelazan sus ramas con las de los árboles más altos y con la hiedra, las parras, las cañas y la maleza, formando el todo un tejido inextricable de verdura, bajo del cual los senderos parecen profundos fosos privados de luz, hasta el punto de tener, en ocasiones, que andar á tientas.

Para trasladarse de un predio á otro es indispensable

abrirse paso al través de la maleza ó pasar por encima de las cercas, escondidas por las hierbas y las flores, que se levantan hasta la cintura de un hombre. Una que otra casita blanca, medio oculta entre la espesura, y alguna noria desde la cual, por medio de bien entendidos canalizos, se distribuye el riego, constituyen el único indicio de propiedad y de trabajo. Muchas veces, si no hubiese contado con el capitán de Estado Mayor, que es un guía por demás experto, de seguro



Labrador árabe

me habría extraviado en el laberinto de aquella frondosa vegetación. Ello es que con frecuencia debíamos llamarnos el uno al otro para no separarnos mucho, pues materialmente nos sumergíamos y nadábamos en aquel inmenso piélago de verdura, gozando en abrirnos paso al través de la espesura con manos, pies y cabeza, con la alegría frenética del salvaje que, rota la cadena de la esclavitud, se hubiese de nuevo encontrado en medio de la libertad de sus florestas.

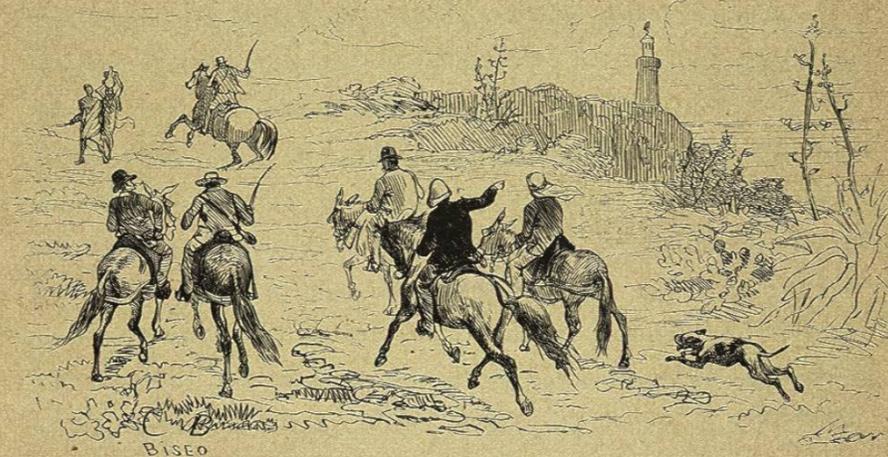
Más allá de dicha cintura de huertas y jardines ya no se encuentran árboles, ni casas, ni maleza, ni siquiera indicio alguno que revele en toda la campiña división en la propie-

dad. Constituyen aquélla pequeñas lomas y praderillas verdes y onduladas, en las cuales pastan algunas cabezas de ganado vacuno, cuyo guardián no parece en parte alguna, ó galopa tal cual caballo en libertad. Una sola vez recuerdo haber visto labrar la tierra: un árabe arreaba un jumento y una cabra uncidos á un arado pequeñísimo, de forma por demás peregrina, y construído cual se usaban acaso hace cuatro mil años, con el cual abría un surco que difícilmente se distinguía, en un terreno completamente cubierto de hierbas y pedruscos. No falta quien me aseguró haber visto más de una vez tirando del arado á un asno y una mujer, lo cual basta para que se forme idea del estado en que se halla la agricultura en Marruecos.

El único abono que emplean para mejorar el suelo es la ceniza de los rastrojos que queman en cuanto han terminado la siega; y el único medio de que se valen para no esterilizarlo completamente, consiste en dejar crecer en él la hierba para que la pasten los ganados, en el tercer año, después de haber sembrado trigo y maíz en los dos primeros. Á pesar de esto, el suelo se esquilma al cabo de algunas cosechas, y con este motivo los campesinos errantes se trasladan á otro punto, donde desmontan los terrenos, que á su vez abandonan para volver á los primeramente cultivados, con lo cual sólo se halla á la vez reducida á cultivo una parte insignificante de las tierras de labor, de aquellas tierras que, siquiera mal cultivadas, dan el ciento por uno de la semilla que en las mismas se entierra.

La excursión más agradable fué la que hicimos al cabo Espartel, el *Ampelusum* de los antiguos, que forma la extremidad Noroeste del continente africano; un monte de roca gris, de trescientos metros de altura, cortado á pico sobre

el mar, y que tiene abiertas en la parte inferior, acaso de tiempo inmemorial, vastísimas cavernas, la mayor de las cuales constituyó un templo consagrado á Hércules: *specus Herculi sacer*. En la cima de dicho monte levántase el faro famoso, hace pocos años erigido y sostenido mediante una cantidad consignada en los presupuestos de la mayor parte de los Estados europeos. Subimos á lo alto de la torre, hasta el punto en que se halla emplazada la linterna, que difunde



Excursión al cabo Espartel

sus rayos á la distancia de veinticinco millas. Desde aquel lugar el ojo abarca dos mares y dos continentes; vense al par los últimos confines del Mediterráneo y el inmenso horizonte del Atlántico, el mar de las tinieblas, *Bar-ed-Dolma*, como lo apellidan los árabes, que azota la base del peñasco. Distínguese la costa española desde el cabo de Trafalgar hasta el cabo de Algeciras; la costa mediterránea de África hasta los montes de Ceuta, los *septem fratres* de los romanos; y á lo lejos, confundido entre la bruma, el enorme peñón de Gibraltar, centinela eterno de esa puerta del viejo continente,

término misterioso del mundo antiguo, convertido en *Fábula vil al navegante osado*.

En estos paseos raras veces encontrábanse transeuntes: si acaso, eran árabes á pie, que pasaban á nuestro lado sin mirarnos siquiera, ó algún moro á caballo que debía ser personaje de importancia, ó por la posición que tenía ó por el cargo que desempeñaba, á juzgar por el número de criados armados que le daban escolta, que al emparejar con nosotros nos saludaba afectuosamente. Las mujeres ponían en ocultar el rostro más cuidado, si cabe, que en la ciudad, ora embozándose, ora volviéndonos bruscamente la espalda. A veces algún árabe se paraba delante de nosotros, nos miraba fijamente, murmuraba alguna palabra en tono de súplica, y después seguía adelante sin volver la cabeza. Al principio no comprendíamos lo que aquello significaba; mas luego supimos que nos rogaban que pidiéramos á Dios se dignara concederles una merced. Entre los árabes está muy extendida la creencia de que las preces de los musulmanes son extremo agradables á Dios, por cuya razón, á fin de disfrutar de ellas, se complace en retardar la concesión del favor solicitado; en tanto que, molestándole en gran manera la súplica de un infiel, de un perro, cristiano ó judío, para evitarse el disgusto que con ella le causan, se apresura á concederles cuanto le piden. Las únicas caras amigas que encontrábamos, pertenecían á muchachos hebreos, que montados en asnos jugaban á los soldados, de una á otra colina, y nos saludaban con un alegre *Buenos días, caballeros*, cuando pasaban galopando á nuestro lado.

No obstante la vida desusada y llena de emociones desconocidas que llevábamos en Tánger, estábamos impacientes

por ponernos en camino, deseosos de hallarnos de vuelta antes del mes de Junio, en que comienzan los grandes calores. El encargado de negocios había expedido un correo á Fez para anunciar que la embajada se hallaba dispuesta; mas antes que regresara debían transcurrir lo menos diez días. Noticias particulares anunciaban que la escolta se había puesto en camino: otras expresaban que no había salido aún de la capital: en resumen, todo eran nuevas vagas y contradictorias, cual si aquella suspirada Fez, en lugar de hallarse á doscientos veinte kilómetros, se encontrara á dos mil millas de la costa. En cierto modo esta incertidumbre aumentaba el interés, pues merced á ella, la breve excursión de escasos quince días, tomaba en nuestra fantasía las vastas proporciones de un viaje de extraordinaria duración, y Fez todo el atractivo de una ciudad misteriosa, contribuyendo no poco á ello lo que nos referían cuantos habían formado parte de otras embajadas, así respecto de la ciudad y sus habitantes, como de los peligros del viaje.

Contábanos unos que se habían visto rodeados por miles de jinetes, que les saludaron con descargas cerradas á quema ropa, con grande riesgo de dejarlos ciegos; que oyeron silbar las balas al pasar rozando sus sienes, añadiendo que á nosotros, los italianos, probablemente nos alcanzaría á la cabeza alguna de las muchas que irían dirigidas á la cruz blanca de nuestra bandera, puesto que en aquel signo no podían los árabes menos que ver un grave insulto inferido al Profeta. Otros nos hablaban de los escorpiones, las culebras y las arañas venenosas; de las nubes de langostas, insectos y sában-dijas de toda clase con que topáramos, ya en medio del camino, ya en el interior de las tiendas. No faltaba quién nos describiera con lúgubres colores la recepción que nos esperaba á nuestra